Cantar para vivir

Está fresca la mañana.
La primavera asoma despuntando en los primeros brotes de los pocos árboles que quedaron en el microcentro.
“¡Buen día!”, dice Kevin tirando la mejor onda al dueño de la librería que está ubicada en la mejor zona del paseo comercial. El librero siempre le deja conectar el alargue, regalándole un poco de energía eléctrica. Ambos se benefician: uno trabaja cantando y el otro visibiliza su comercio.
Un par de comentarios en torno al clima y el consabido: “Está duro, no se mueve nada”.
Vuelta a la vereda, y una mirada por las dudas a la bici que quedó en la esquina, atada al poste de siempre.
El parlante chiquito sale de la mochila para otra jornada de trabajo.
Lento, con movimientos cuidados, va armando su pequeño escenario.
Despliega el pie de micrófono que ya tiene un par de soldaduras reparadoras y que viaja en su fundita de lona atado a la mochila con una soga algo deshilachada.
El micrófono chino, de segunda marca, le recuerda que no alcanzó el dinero para uno mejor cada vez que lo ve. El desgaste de la pintura y los abollones de su capucha testimonian muchas batallas musicales en veredas y plazas. El cable todavía se mantiene dignamente. “Ojalá no se le plante la ficha”, piensa mientras lo conecta.
Al final, solo al final, saca la guitarra. No es de primera, claro, pero a él le sirve. Los autos que tuvo que lavar para poder comprarla quedaron junto al recuerdo de los sabañones de esos inviernos. Cada vez que la saca de la funda recuerda su alegría saliendo de la casa de venta con el instrumento flamante. Sigue impecable gracias a la limpieza de esa gamucita gastada cada vez que la guarda.
“Cómo estará la batería?”, piensa. Solo comprar esa pila para hacer funcionar su instrumento amplificado por el equipo le cuesta demasiado, quizás la mitad de los ingresos magros de alguna mañana floja.
Afina. La cuarta está pidiendo cambio. Verá si Jorgito le vende una cuerda suelta que le permita salir del paso. Con 35 lucas que sale el encordado, es imposible pensar en cambiar las seis. Las bordonas ya suenan opacas, piensa. “Vamos a tener que ir ahorrando para cambiarlas todas, no hay más remedio”.
Ya preparado, enciende el equipito y comienza su función con el saludo habitual.
“¡Señoras, señores, muchas gracias por escucharme! Estoy acá para hacerles compañía mientras pasean o se ocupan de sus mandados. Con gusto recibiré sus pedidos de canciones. ¡Recuerden que con música, la vida es mejor!”.
“Zamba por vos” es inevitablemente el caballito de batalla para comenzar el show callejero.
La abuela que pasea el perrito chiquito envuelto en su mantita ya lo conoce, y con una sonrisa lo saluda. Kevin sabe que luego de la vuelta perruna algún billete va a dejar en la funda abierta de par en par que funciona como caja recolectora y marca el límite de su escenario en la vereda.
“Metámosle con otra zamba”, piensa. Arrancar muy temprano con chacareras es quemar repertorio demasiado pronto.
Nunca supo de dónde heredó la capacidad de memorizar tantas canciones. Desde pequeño aprendió por imitación las músicas que oía y de tanto volver a escucharlas le quedaron grabadas a fuego. Su madre, dividida entre la limpieza y la cocina en la casa modesta, siempre tuvo alguna radio con folklore sonando y Kevin fue haciendo suyos los ritmos, fraseos y modismos de cada cantante junto con letras y melodías. Y así canta ahora, tomando a veces prestados esos giros interpretativos.

“El de traje que viene mandando mensajes ni lo cuentes”, se dice. Después de tantos años conoce que quienes más pueden, menos dejan. Su paga de cantor callejero se compone de los que son sus iguales. Aquellos que de una u otra manera transitan la vida siempre con el mango ajustado.
Ahora sí, “El puente carretero”. Éxito peñero que nunca falla y que varias veces inspiró a transeúntes a bailarla ocupando toda la vereda. Tiempos de verano, de bolsillos más felices, cuando la gente no andaba tan apesadumbrada. La mayoría de quienes pasan en estos días llevan el gesto adusto y caminan como encorvados, casi con la cabeza gacha.
“Los que vivimos de la calle aprendemos con el tiempo a leer el humor social”.
Kevin sabe que en estos días sería mejor laburar de lavacoches que de cantor callejero, pero es imposible: las paradas de los trapitos están copadas y las peleas territoriales son frecuentes. La desocupación hace estragos.
Sigue con la “Chacarera del rancho”, y luego para bajar un poco, “El cosechero”.
Primero los clásicos, una constante de su repertorio. Luego vendrá el tiempo del folklore de moda, el que escuchan los más jóvenes.
Pasan diez canciones y la funda sigue vacía. “Ni un Roca me han tirado”, medita mientras ruega que no se levante más viento que esa brisita persistente.
Vuelve la señora del perrito y se detiene a oírlo. Con una sonrisa cómplice le pide un tango. Kevin le devuelve la sonrisa y canta “El día que me quieras”.
La señora agradece, deja unos billetes y le dice bromeando que mañana le va a pedir un “tango-tango”, porque acaba de cantarle un “tango-canción”. Kevin le pide perdón sonriendo y le tira un beso.
“¿Arrancamos con Abel?”, se pregunta. Viene muy quieta la mañana. “Por una gota de tu voz” es seguido por “Luna llena”. Un grupo de adolescentes del colegio cercano que pasa caminando hacia la plaza disfrutando alguna hora libre se detiene a oír. Con alegría cantan con él, en grupo, abrazadas. Kevin las alienta y las invita al micrófono, pero ninguna se atreve. Entonces les regala “La fuerza del engaño”, de la Morelo. Cuando termina la canción se marchan, dándole las gracias.
El mediodía ya pasó hace rato y la mayoría de las personas siguen caminando sin ver, ni oír. Todo el mundo parece absorto en lo suyo, y hay pocos billetes en la funda. Continúa porfiadamente hasta casi agotar su listado de canciones.
“Es la una y media, vamos enfundando”.
Cierra con “Entre a mi pago sin golpear”, y agradece a una calle semivacía.
Con pesadumbre recoge los pocos billetes, magra cosecha para una mañana de trabajo.
Desenchufa su guitarra. “A descansar, amiga”, piensa mientras la limpia con su trapito gastado y la guarda amorosamente.
Desconecta el micrófono, recoge el cable, dobla el soporte y lo mete en su fundita casera.
Lo último es el equipito, que va a la mochila. Entra a la librería a desenchufar el alargue, fuerza una sonrisa y agradece. El dueño, con apenas tres clientes en toda la mañana tiene casi el mismo humor que él.
Lento, con paso cansino va hasta la bici. Cantar casi tres horas al aire libre es agotador.
¿Cómo decía Silvina? “Se fuerza la máquina de noche y de día, y el cantante con los músicos se juegan la vida”, recuerda.
Sumergido en esos pensamientos saca el candado y recién se da cuenta: otra vez se pinchó la cubierta.
No queda más remedio que irse a pie con su vehículo de tiro. Acomoda guitarra, mochila y comienza el largo viaje de regreso a casa.
Con un silbido bajo va pensando nuevas canciones para incorporar al repertorio.
“Seguro que el sábado mejora”, se consuela mientras camina por un centro santarroseño semidesierto por la siesta.

Mario Figueroa
Santa_Rosa